

remos palabras más persuasivas, que hace aun más eficaces un acento sincero de tristeza, cuando diremos á nuestros hijos:

—Sed buenos amigos; no seais nunca los primeros en romper si á ello no os obliga la dignidad, mantened firme la amistad, hasta que os falten las fuerzas del corazon, porque los placeres del orgullo desaparecen pronto y los tormentos de la conciencia duran siempre.



## EN EL CAMPO





## EN EL CAMPO



LEJARSE de los amigos es útil, de vez en cuando. La amistad tiene necesidad cada año de un cuidado reconstituyente.

Después de ocho meses de vida de ciudad, al comenzar el verano, estamos todos un poco usados á los ojos de los demás: cansados de encontrarnos en aquel lugar, á aquella hora, aquellas acostumbradas caras, hablando de las mismas cosas, haciendo siempre los mismos sacrificios de la razón y del sentimiento á los deberes de la cortesía y á la necesidad de la concordia, hemos hablado más de lo que hemos pensado; empezamos á repetir y la misma fuente de las bromas no dá más que buchec de agua turbia.

Además, habiendo tropezado los unos con los



otros, por tanto tiempo, no hay ninguno que no tenga heridas que curar y muchas pequeñas impresiones desagradables, de las cuales desea curarse.

La estación ardorosa pasa también sobre la amistad; nos movemos todos un poco aburridos, impacientes por cambiar de aire y casi siempre dejamos la ciudad con un placer vivo, seguros de que por mucho tiempo no pensaremos en ella, sino para alegrarnos de haberla dejado.

\*  
\* \*

¡Qué hermosura la de los primeros días en el campo! Es un rejuvenecerse: nuevas cosas, nuevos colores, nuevos olores, nuevos sonidos: la persona y la cabeza libres: la respiración del alma ancha y profunda; un sentimiento nuevo de fuerza y de salud en los huesos, en el cerebro y en el corazón; y una alegría, no experimentada hace tiempo en encerrarse y profundizar en nosotros mismos, y en encontrar la originalidad íntima de nuestra naturaleza bajo las mil impresiones que nos ha dejado la vida social.

Por algunos días, empujados hacia atrás por la fuerza de la costumbre, volvemos todavía con el pensamiento entre los amigos; pero no para desearlos.

Recorremos el tiempo transcurrido, las luchas, los disgustos y así de lejos, viendo más claramente las cosas, reconocemos los errores, encontramos el camino por el cual nos hubiéramos podido evitar muchos disgustos, modificamos nuestro juicio



sobre ciertos amigos, meditamos nuevas maneras de mantenernos con algunos, trazamos nuevos planes de vida, nos proponemos volver á la ciudad corregidos y aumentados en ventaja nuestra y de los demás.

Pero bien pronto abandonamos tambien estos pensamientos.

El campo nos aferra y se posesiona de nosotros por entero. Tan verdad es que la soledad es para el espíritu, lo que la dieta para el cuerpo: lo aclara, lo vigoriza y lo conforta.

En aquella paz encontramos el sentimiento de mil placeres delicados y sencillos, rehacemos el gusto para ciertas voluptuosidades juveniles de la fantasía que no sentíamos hacía mucho tiempo, pensamos más fuerte y con más firmeza; los más pequeños sucesos de nuestra vida mental adquieren una gran importancia en aquella quietud uniforme: seguimos el hilo de un mismo pensamiento libremente y sin esfuerzo á través de los días y de las noches, y las reflexiones, las fantasías, las imágenes, no desparramadas cotidianamente en la conversacion, se acumulan dentro y nos hacen sentir como un renuevo de vida que nos da valor y firmeza.

Nos parece extraño, ahora que respiramos el aire libre y gozamos la plena posesion de nuestra mente y nuestro tiempo, haber podido vivir por

meses y meses en aquel círculo siempre igual de cosas y de personas, obligados á seguir paso á paso los pequeños sucesos de cada día cargados con mil deberes y mil consideraciones, y obligados á conquistar hora por hora nuestra libertad de espíritu, interrumpida por toda especie de encuentros, de visitas, de chácharas, de contratiempos.

Nuestros días se suceden lentos y tranquilos, llenos de luz, de verde y de silencio; y no sólo la ciudad no nos inspira ningun deseo, sino que el pensamiento de tener que volver un día nos turba y nos hace aun molestas las pocas cartas del correo, como si llevaran entre sus pliegues un poco del ruido de aquellas anchas calles, de aquellas casas enormes, de aquel horizonte cerrado, del inextinguible fragor, nervioso, afanoso, que durante trescientos días nos ha perturbado la cabeza y trastornado el trabajo.





Después, un hermoso día, mientras estamos á la sombra en un lugar solitario, con las manos cruzadas sobre la nuca, atormentados por el chirrido de las cigarras, aparece por detras de un árbol y se nos presenta improvisadamente la imágen de un amigo; no como la veíamos un mes antes, amarilla por la luz del gas y súcia por el polvo y el barro, sino lavada, fresca, casi rejuvenecida, sonriente, con una sonrisa nueva, en actitud de Mefistófeles simpático que nos tiende la mano lleno de tentaciones de la ciudad; y después de aquella, tras los demás árboles, otras figuras de amigos, todos los fantasmas de nuestros amigos, cambiados como el primero, que tienden todos á un tiempo la mano, diciendo:

—Y bien: ¿han terminado las meditaciones?

Desde aquel momento, la campiña está invadida por la ciudad y cambia de aspecto; la muchedumbre de los amigos llena los solitarios senderos, se esparce

por el prado y cubre con su vocerío el murmullo de los pájaros.

Y también la imágen de los ménos simpáticos resulta agradable. Poco á poco volvemos con la imaginación á la ciudad, les buscamos en los lugares familiares, les acompañamos en sus paseos habituales, desde casa á la oficina, á la Universidad, al Banco, al Círculo, á la Bolsa, y aquellos caminos interminables no nos parecen ya tan fastidiosos.

—¿Qué hará aquel majadero de ingeniero? ¿Y el profesor, qué mezcla en su ahogadero de laboratorio, con aquella cabeza pelada, siempre ansioso de campo y siempre condenado á la ciudad? ¿Y "Portos," sobre qué montaña ejercitará sus inconmensurables siestas, á la sombra de su Panamá inmenso, y qué valle cisalpino hará resonar con su voz de cañón? ¿Y el amigo "Camaleon," quién sabe en qué tierra de Italia suelta en estos días las cataratas de sus versos extemporáneos? ¿Y el "secretario," á qué parte del mundo habrá llevado su pipa, su sed y su república platónica?

Fantaseando nos los representamos á todos: los unos bajo los emparrados de las quintas, al caer el sol, en medio de hermosas señoras, que ríen, entre dos sorbos de café, oprimiendo la taza con los afilados dedos; los otros, trepando por las cimas de



los Alpes, pequeños y negros, entre la niebla de la montaña; otros, muertos de aburrimiento en los teatros caldeados y desiertos.

¡Cómo tenía razón el que decía:—Me place la soledad cuando estoy en compañía, y me gusta la compañía cuando estoy en soledad.—Ahora, todo lo que está lejano se embellece á nuestros ojos: los cuidados del campo han acabado; al último de nuestros amigos, que apareciera de repente en nuestro jardín solitario, le agasajaríamos como al primero; nos los imaginamos á todos más amables, más agudos, más fieles de lo que son.

Nos parece imposible ahora, haberles mirado con malos ojos y disgustado tantas veces por razones pueriles. Disputas, rencores, despechos, resentimientos del orgullo, todo nos parece tan mezquino y despreciable en aquel inmenso espacio verde y azul, á los piés de aquellas enormes montañas, de donde vemos apenas la ciudad como una vaga mancha blanquecina, allá abajo, en el fondo de la llanura.

Ahora, de los amigos no recordamos más que las bellas acciones, y de la amistad, los placeres. ¡Oh! las buenas cenas, las conversaciones alegres y cordiales en familia, las visitas inesperadas de amigos predilectos, despues de las largas horas de trabajos precipitados y febriles, allá abajo, en aquel ángulo

rumoroso de la ciudad, donde los soplos de las máquinas de vapor, las músicas de los Regimientos, el canto de los operarios, el temblar de los edificios sacudidos al paso de los carros y coches, nos llamaba al trabajo, nos hacía amar la fatiga!...

Y en tanto pasan los días: á la serenidad del verano, suceden las lluvias pensativas; al aura ardiente, los soplos repentinos de viento húmedo, que traen los primeros saludos del invierno y hacen sonar el canto del fuego; el árbol que extiende sus ramas ante la ventana, palidece; el Otoño ha llegado, la bella estación que hace pensar y amar; durante la cual se desea tanto bajo el empujado purpúreo, estrechar y besar dedo por dedo por horas y horas, la mano de una mujer á quien se quiere.

Entónces los amigos se desean aun más. Nuestro pensamiento ha hecho provisiones: tenemos mil cosas que decir; ha trascurrido mucho tiempo: tenemos muchas cosas que preguntar.

¡Qué ha sucedido en estos meses en la pequeña ciudad que nos hemos fabricado, en la ciudad grande? El Doctor "rubio y de gentil aspecto," debe haber estrechado la hija de su matrimonio en Montecatino; nuestro poeta matemático habrá, por fin, terminado su estudio famoso sobre las jorobas; el pintor de "la calle de San Telmo" tendrá que contarnos las peri-



pecias de su fuga económica á través de la Escocia; el amigo diplomático se habrá hecho cantar con su presea de "insidiador de tálamos" en todos los veinticinco cantones de la libre Elvecia; y aquel simpático Alberto de los Albertos nos entretendrá á horcajadas en la silla; contándonos su aburrimiento de tres meses, sobre el banquillo burocrático en su Agencia.

¿No faltará ninguno? ¿Veremos á todos los niños sanos, bronceados y crecidos...?

El invierno está aquí: la campana de los muertos ha sonado; las hojas caídas corren y se encuentran en pequeñas bandadas á lo largo de los senderos resbaladizos, sobre los cuales se cruzan las ramas arrancadas de los árboles dejando pasar la luz blanca y fría del sol moribundo; las ropas de invierno esparcen ya por la estancia su grato aroma de alcanfor; las cajas se amontonan; la estación ha terminado.

Y entonces se dá una última mirada de despedida, desde la ventana, á aquel bello horizonte, á aquella vasta paz en que se han pasado tantas horas serenas, y un pensamiento triste nos asalta:

—¡Otro año ha pasado! ¿Volveremos aquí todos? ¿Volveremos á recrearnos ó á llorar? ¡Oh terrible misterio del mañana, y pobre vida nuestra!

Pero la llegada á la ciudad borra toda tristeza; los primeros días son como el regreso á la patria;

buscamos á los amigos, agasajamos á todos, tomamos con alegría las antiguas costumbres, nos tratamos con mil consideraciones, es como una nueva vida, y como si nos dijéramos uno á otro, y nos lo decimos, en efecto, entre palabra y palabra:

—Veamos si conseguimos pasar este nuevo año, en mejor armonía que el año pasado, ser más tolerantes, más justos, más sinceros, más hermanos.

Hagamos por conseguirlo.

